

# DEL PUDOR EN EL LENGUAJE: NOTAS SOBRE LO *QUEER* EN ARGENTINA

José MARISTANY  
UNIVERSIDAD NACIONAL DE LA PAMPA/  
INSTITUTO SUPERIOR DEL PROFESORADO  
“J.V. GONZÁLEZ” (Buenos Aires)  
ARGENTINA

## I. La vida secreta de las palabras

En un artículo publicado en el número de *Revista Iberoamericana* dedicado a la crítica lésbico-gay/*queer*, Brad Epps se plantea una serie de preguntas en las que pone en cuestión la validez del vocablo *queer* fuera del contexto en el que surgió, especialmente en países hispanohablantes. Lo que lo inquieta acerca del vocablo “*queer*” usado por estas comunidades es la falta de memoria interpersonal, de familiaridad sedimentada, de espesor semántico. Sabemos que la palabra tiene un peso como injuria e insulto, como arma verbal y esta condición es la que hace que su resignificación en ámbitos anglófonos se cargue de tanta pasión, resignificación que depende de unas historias, memorias y prácticas que se desarrollan en la calle. A partir de esta constatación, Epps sostiene que la aplicación de la teoría *queer* a sociedades no anglófonas es, por lo menos, problemática y sujeta siempre a una traducción incompleta, insuficiente y parcial, derivada de una “hibridez bastarda” (2008: 906).

Por otra parte, Juan Pablo Sutherland, activista, escritor y crítico chileno, denomina el primer capítulo de su libro *Nación marica. Prácticas culturales y crítica activista* (2009), del siguiente modo: “Los efectos político-culturales de la traducción *queer* en América Latina” y allí concluye con un balance positivo en el que resalta el valor que estas lecturas radicales de la teoría *queer* han tenido en nuestros países para conjugar en el análisis cultural “lo popular, lo mestizo, el activismo crítico, las crisis de las representaciones de lo masculino y femenino” sin dejar de señalar al mismo tiempo el peligro de “institucionalización de lo *queer* en lo local” (2009: 29).

Por último, Norma Mogrovejo, investigadora lesbiano-feminista de la UNAM, en su intervención en el Sexto Congreso Internacional de Estudios Culturales Latinoamericanos de Pittsburgh (2010) y desde una perspectiva crítica y, en cierto sentido paranoica, señala que “el término *queer* en nuestra región ha sido traducido como “diversidad sexual”, un concepto paraguas que incluye a las distintas identidades sexuales” (2011: 239), y que sirve “para *encajar* en las posibilidades financieras de las agendas estatales e internacionales” (239, mi subrayado) que trabajan por el derecho a la inclusión; cuestiona el supuesto poder subversivo de las políticas “anti-identitarias” que transforman la política en algo meramente cultural, textual y vacío, y concluye su intervención con estas palabras: “Pensar en clave *queer* en un contexto latinoamericano, es una forma de neutralizar los problemas de clase, sexo y raza, es asumir que la interpretación occidental es capaz de hacernos creer sobre los beneficios de una realidad de ficción (...)” (246).

Estos planteos iniciales, más allá de indicar la notable expansión en los estudios literarios y culturales latinoamericanos, tanto los producidos en el mismo subcontinente como en las universidades norteamericanas, de un término y de un cuerpo teórico al que

ese término denomina, revelan un aspecto que la problemática *queer* viene a poner en el centro de su agenda: me refiero a la cuestión de la localización de la producción teórica y su “exportación-importación” hacia otros ámbitos, su reapropiación y resignificación, la cual remite tanto a la problemática del flujo de saberes entre centros metropolitanos y periferia, como al problema de la traducción, tanto puntual del término como amplia, de lo que constituye tanto una teoría académica como una praxis política.

A partir de esta constatación, lo que propongo aquí es reflexionar sobre el modo en que el campo cultural argentino, académico, periodístico y militante, se ha apropiado de ese término y de la teoría a la que da su nombre. En este último sentido, percibo una amplia difusión y una utilización un tanto “salvaje” de lo *queer* que da por sobreentendidos contenidos que a veces pueden entrar en conflicto y contradicción.

Una de mis hipótesis es la que da título a esta intervención: la apropiación del término *queer* en Argentina y su extraordinaria expansión en diferentes ámbitos estaría relacionado con un cierto “pudor” que esa palabra permite sobrellevar y que mantiene, contra lo esperable, un espacio de closet, un secreto, sólo para entendidos. No estoy diciendo esto desde una crítica al imperialismo ni a la mentalidad colonizada de nuestros sectores letrados. Creo, por el contrario, que esa resignificación es pragmática y saludable, aún cuando refracta, es cierto, la “memoria de calle” que dio origen a lo *queer* como una práctica y una teoría contestatarias en el ámbito anglosajón de origen. Si bien comparto el análisis inicial de Epps, y su idea de una traducción incompleta y parcial de lo que denomina un “híbrido bastardo”, su planteo desconoce los avatares de cualquier interfase cultural que lleva a apropiaciones inesperadas; así es como la vida secreta de las palabras nos excede, se nos escapa y nada podemos contra ella, pues lo *queer* tendrá su propio derrotero en sociedades “otras” que lo utilizarán de modo estratégico y de acuerdo con necesidades particulares.

## II. Lo *queer* en el ámbito académico argentino

De la mano de los estudios de género y del feminismo la teoría *queer* se leyó tempranamente en Argentina: las revistas *Feminaria* y *Mora* (publicación del Instituto Interdisciplinario de Estudios de Género de la Universidad de Buenos Aires) tradujeron en los años 90 los textos pioneros de Teresa de Lauretis o de Judith Butler: así por ejemplo, en 1993 *Feminaria* publica, traducido por Beatriz Olivier, el último capítulo del libro de Teresa de Lauretis *Technologies of Gender. Essays on Theory, Film and Fiction*, editado en 1987 (1993: 1-12); en tanto que en 1996, la revista *Mora* traduce en su segundo número, el primer capítulo de esa misma obra (1996: 6-34)<sup>1</sup>. Si bien no aparece todavía allí el término *queer*, la importancia de ese texto y su novedad, radica en que plantea una nueva forma de entender el género desligada de la diferencia sexual y postula que la representación del género mediante diversas “tecnologías” es su construcción. Siguiendo al Foucault de *Historia de la sexualidad*, pero con una apropiación también crítica del autor francés, De Lauretis sostiene que “el género no es un propiedad de los cuerpos o algo originalmente existente en los seres humanos sino *el conjunto de efectos producidos en los cuerpos, los comportamientos y las relaciones sociales (...) por el despliegue de una tecnología compleja*” (1996: 8; subrayado en el original). Asoma aquí ya una inversión en la manera de concebir el cuerpo sexuado y el género que podemos reconocer como la piedra angular sobre la que se edificará la teoría

<sup>1</sup> Me refiero especialmente a De Lauretis pues a ella debemos la primera transposición al ámbito académico del término “*queer*” en 1990 (HALPERIN, 2007: 135).

*queer*: el género ya no derivaría simplemente de una “diferencia sexual” instalada de modo inconfundible y verificable en la naturaleza sino que aún la materialidad de lo corporal se hallaría mediatizada y se volvería inteligible por numerosas tecnologías sociales –entre ellas, el cine– y otros tantos discursos institucionalizados.

Tanto para una como para otra revista, 1997 y 1998 parecieran ser los años del descubrimiento de Judith Butler: la traducción de “Sujetos de sexo, género y deseo”, primer capítulo de *El género en disputa*, y síntesis de conceptos fundamentales de esta autora, aparece en el número 19 de *Feminaria* (junio de 1997: 1-20); por su parte *Mora*, en su número 4 (octubre de 1998) publica un *dossier* denominado “Butler lee a Beauvoir”, con traducción, selección y notas de María Luisa Femenías. Luego de una introducción en la que se presenta a la pensadora estadounidense y a su obra al público de la revista (4-9), se traduce su artículo “Sexo y género en *El segundo sexo* de Simone de Beauvoir”, publicado originalmente en *Yale French Studies* en 1986 (10-21) y fragmentos de los capítulos 1 (“Sujetos de sexo, género y deseo”) y 3 (“Actos corporalmente subversivos”) de *El género en disputa* (21-25); completan el *dossier*, un fragmento de *Cuerpos que importan* y un artículo de Sara Heinämaa, en el que refuta la lectura que hace Butler del libro de Beauvoir (26-44).

Estos datos, someros, me permiten pensar algunas vías de difusión del pensamiento *queer* a través de dos revistas de singular importancia para los estudios de género y feministas en Argentina. Ahora bien, en ninguna de ellas se hace alusión a lo *queer*, esa palabra no aparece en los años 90. Tampoco se traduce allí el último capítulo de *Cuerpos que importan* titulado “Acerca del término *queer*” en el que Butler al mismo tiempo que señala el origen del vocablo y aplica la teoría de los actos de habla para explicar la producción de sujetos abyectos y su práctica resignificante, advierte ya con lucidez la necesidad de mantener una vigilancia crítica sobre “una categoría que nunca podrá describir plenamente a aquellos a quienes pretende representar” (1993: 323).

Es recién en la primera década del siglo XXI cuando comienza a extenderse el uso de la palabra *queer* en nuestro país. La teoría que lleva ese nombre comienza a emerger en los trabajos que revisan desde distintos campos del saber la problemática de la identidad en relación con lo que se ha dado en llamar el “sistema sexo-género”. De los estudios feministas y *gay-lésbicos* se produce un deslizamiento hacia lo *queer*, no siempre de manera pacífica. Aquí sería oportuno señalar, como lo constata Flavio Rapisardi, una cierta “fobia anti-Butler” en ciertos sectores del feminismo vernáculo (2008: 974), así como también una relación tensa con el movimiento trans cuyas activistas se reclaman feministas, provocando la desconfianza de sectores fundamentalistas. Valga como ejemplo de esta postura el artículo de la filósofa feminista Alejandra Ciriza “Nota sobre los límites de la importación teórica. A propósito de Judit Butler”, publicado en la revista *El Rodaballo* en 2004.

Ciriza trata de explicar lo que ella denomina con ironía la “hipnosis que Butler produce en el mundo académico” de los estudios feministas y de género en Latinoamérica y señala que en esta masiva recepción de su obra no se atiende lo suficiente a las condiciones de producción de ese pensamiento y pasa a criticar, desde una perspectiva “materialista” aunque, a mi modo de ver, superficial y dogmática, la indistinción entre lo discursivo y lo extra-discursivo, la ausencia de anclajes en el mundo de las prácticas históricas, así como la concepción de sujeto como producto inestable de parodias, repeticiones y *performances*, un sujeto desprovisto de las marcas

de la corporalidad y la sexualidad, sin experiencia política y subjetiva previas. “En el terreno leve de los discursos, las performances, la filosofía, los sujetos pueden hacerse y rehacerse en juegos en los que nada como la vida, la exclusión, la muerte, la pobreza, la locura se juegan” (2004: 2).

En todo caso, la polémica, ejemplificada por este texto también da cuenta de una instalación de la perspectiva teórica en estas latitudes, la cual hace posible que académicas y activistas del feminismo discutan con sus pares norteamericanas. Frente a las críticas de Ciriza a una teoría desencarnada y poco preocupada por lo “real”, es preciso reconocer que a diferencia de los movimientos teóricos y militantes anteriores, lo *queer* permite hacer visibles e incorporar los cuerpos y las subjetividades anclados en la ambigüedad y la frontera y que desafían los marcos binarios de inteligibilidad identitaria: transgéneros, transexuales, intersexuales, bisexuales, etc. Estas subjetividades vienen a desbaratar todos los constructos identitarios, no sólo aquellos derivados de la heterosexualidad compulsiva, sino también los que emergieron en rebelión y disidencia a partir de los movimientos feministas y *gay*-lésbicos. Prueba de esto serían también las discusiones ligadas a la militancia cuando las travestis solicitan su incorporación en los encuentros feministas.<sup>2</sup>

Ahora bien, en el ámbito más específico de los estudios literarios en nuestro país, resulta inaugural el ensayo de José Amícola, *Camp y posvanguardia*, publicado en 2000, en el que la lectura de textos de Butler aparece en la introducción y guía los análisis estético-literarios que su autor desarrolla de escritores como Perlongher, Puig, o Copi: el análisis del cuerpo travestido, del devenir sujeto y de las identidades es tributario de las elaboraciones conceptuales que desarrolló esa autora en los 90. Sin embargo, Amícola emplea pocas veces en su ensayo el vocablo *queer*, tal vez porque en ese momento esta denominación no había alcanzado el impacto, la difusión y la institucionalización que logró unos pocos años después. Puedo arriesgar que había aún una cuota de extrañeza ante ese significante que remitía a una manera novedosa de pensar las relaciones entre sexo, género, deseo y práctica sexual. En el último capítulo de su tratado, denominado “La nueva visibilidad”, aparece una reflexión que demostraría la mirada un tanto sorprendida ante un objeto novedoso: hablando de los cambios que habían traído los años 90 en la manera de pensar lo sexual y lo político, Amícola sostiene que un ejemplo muy significativo sería “el pasaje (y la aceptación inmediata) del término “*gay*” –donde en la etimología resulta evidente la búsqueda de simpatía hacia el grupo que buscaba la integración– y el vocablo “*queer*” que ahora arroja ante nosotros la década que termina” (176). Este comentario nos dice mucho de la vida de las palabras: una década más tarde ese objeto lingüístico forastero llegado a nuestras costas y mirado con cierta curiosidad, ha sido adoptado en distintos espacios, académicos, militantes, periodísticos.

---

<sup>2</sup> Lohana Berkins, activista travesti, relata estos desencuentros en “Un itinerario político del travestismo”: “Me detendré brevemente en contarles que compartiendo este espacio con compañeras feministas, algunas de nosotras comenzamos a levantar las banderas de este movimiento e incluso a definirnos también nosotras como feministas. No obstante, la mirada de algunas de ellas sobre nosotras sigue situándonos en nuestro origen biológico masculino. De ahí que en el año 1996 se nos prohibiera la entrada a unas jornadas feministas que se realizan anualmente. De ahí también que bastante después se nos prohibiera la entrada a uno de los encuentros nacionales feministas, realizado éste en la ciudad de Río Ceballos, Córdoba. La identidad travesti inquieta aún hoy al colectivo feminista al punto de introducir una ruptura dentro del movimiento que aún no está saldada.” (2003: 130-131).

Ahora bien, lo interesante del ensayo de Amícola es la manera en que incorpora precisamente el *camp*, como una categoría estética que permitiría analizar ciertos fenómenos artístico-literarios de la posvanguardia que asumirían una perspectiva que ahora llamaríamos, sin vueltas, *queer*, si bien ese término no es casi utilizado en sus análisis aunque sí, no pocos de los conceptos que allí se alojan. La pregunta sería si lo *camp* que está estrechamente ligado, en el análisis de Amícola, a la subcultura *gay* masculina, podría funcionar como categoría de análisis aplicable al más amplio espectro de lo *queer*. Presumo que sí pues en ese mismo capítulo, en el que los aportes de Butler son utilizados para analizar los cuerpos travestidos, el *camp*, otro término que resulta de difícil o imposible traducción al español, viene a colisionar con el “enchastre” y lo revulsivo escatológico propio del estilo neobarroco de Néstor Perlongher y de Copi, y es en esta combinación que se fraguaría una poética *queer* latinoamericana que se habría desarrollado en simultáneo y aún antes que el florecimiento de la teoría respectiva.

Ahora bien, hablar de una estética *queer* resulta por lo menos confuso, puesto que, desde el punto de vista artístico no hay puntualizaciones específicas acerca del modo en que tal perspectiva deba manifestarse: ¿se trata simplemente de una proliferación de personajes andróginos?; ¿de nuevas subjetividades que toman la palabra?; ¿de una escritura particular que remite a lo *camp*, al neobarroco, al *Kitsch*, al grotesco, a la parodia?; ¿es una sensibilidad, un estilo?; ¿se trata de un modo de lectura que penetra y feminiza los textos del canon más viril?; o bien, ¿es todo esto al mismo tiempo?; ¿lo *queer* está en la mirada, en las formas o en el contenido?

Creo que estas son las preguntas que desde el espacio propio de la teoría y el análisis literarios debemos intentar responder. El peligro que acecha ante la apropiación anodina e indiferenciada de lo *queer* en los estudios literarios se juega en dos niveles: el primero, anularía el caudal provocador de esta perspectiva, que fue crítica del asimilacionismo *gay*-lésbico, y de su cómoda adaptación en el seno de la sociedad burguesa del capitalismo tardío, como así también de los límites representacionales del feminismo, y veríamos desvanecerse su potencialidad de denuncia y de protesta; el segundo, es caer en lo meramente referencial y dejar de lado lo que me atrevería a llamar, siguiendo las enseñanzas formalistas, una “literariedad *queer*” que nos permitiría calibrar nuestras categorías de análisis en el marco del pensamiento “post-identitario” y aprovechar el camino ya transitado por una reflexión latinoamericana sobre la escritura, la identidad y el deseo, tanto desde el feminismo como desde los estudios *gay*-lésbicos.

### III. La lucha por la nominación legítima

Lo mismo ocurre con el peligro a una masiva institucionalización y banalización de este cuerpo teórico en ámbitos militantes, donde lo *queer* pareciera volverse una moda. Lo que se constata, en los últimos años, es una utilización cada vez más amplia del término, en muchos casos como una etiqueta que entra en contradicción con los propios fundamentos de la teoría, por ejemplo, cuando se habla de “identidad *queer*”. La contradicción proviene del fuerte cuestionamiento que la teoría *queer* expresa frente a la estabilización de las identidades y al uso de categorías que se vuelven fijas y cristalizan en un núcleo esencialista. De allí la constante vigilancia que se proclamó para usar las categorías identitarias como “error necesario” y de forma estratégica y coyuntural para no repetir los mecanismos de exclusión que habían delatado conceptos tales como Mujer, *gay* o lesbiana. Como señala David Foster, la teoría *queer* se erige como una epistemología abierta e inestable, que repudia las definiciones fijas del

patriarcado y los mandatos de un heterosexismo compulsivo y sus tecnologías de control, por lo cual no intenta elaborar un contramodelo igualmente excluyente y englobante que vendría a ocupar el lugar y la función estabilizadora de un “gran relato” (2000: 19-20).

Por otra parte, los desarrollos de la teoría “queer” y la supuesta “hipnosis” que producen, se materializa, en los últimos años en la creación de espacios tanto académico-institucionales, militantes, artísticos y comunicacionales que vienen a diversificar la propuesta ofrecida hasta ese momento por las áreas e institutos de estudios de la mujer y de género en la academia: así es como a mediados de la década, se crea el Área de Estudios *Queer* en la Facultad de Filosofía y Letras y el de Tecnologías del Género en el Centro Cultural Ricardo Rojas, ambos en la Universidad de Buenos Aires; en 2009, en la ciudad de Tucumán, se inaugura el Área *Queer* del Noroeste Argentino, con la creación de “Crisálida”, una biblioteca popular sobre género, diversidad afectivo-sexual y derechos humanos; como asimismo el “Espacio *Queer* de La Plata”, un grupo de reflexión y debate sobre diversidad sexual creado por docentes de la carrera de cine; sólo por mencionar algunos emprendimientos significativos.

Para indagar un poco más en la difusión local de lo *queer*, sería importante cartografiar otros circuitos aledaños a lo académico, hasta cierto punto fronterizos donde tal vez se albergan algunas otras formas de apropiación y resignificación de lo *queer*; me refiero a circuitos que tienen relación con las asociaciones LGTTB o espacios culturales no ligados con lo académico que hacen suyo este término y lo ponen a funcionar en una práctica concreta: allí estarían como ejemplo las exhibiciones, *performances*, recitales, lecturas de poesía y otras actividades comunitarias de un emprendimiento como el centro cultural autogestivo Casa Brandon, en la ciudad de Buenos Aires, creado por dos activistas lesbianas de la Federación Argentina LGBT en donde, entre otras ofertas, se da un taller de “teoría *queer*”; o bien, podemos percibir esa difusión en otras manifestaciones como las milongas, cursos y festivales de tango *queer*, los festivales de cine o arte *queer*; o la banda de música popular denominada “Kumbia Queer”.

Otro importante foco de apropiación y divulgación del término fue y sigue siendo el suplemento semanal *Soy* del periódico *Página/12*, que apareció por primera vez en marzo de 2008. Sus páginas, en las que se articula la militancia GLTTBI con la crítica cultural y de arte, han divulgado notas sobre la teoría *queer*, y entrevistas a sus principales autores/as: Judith Butler, Beatriz Preciado, Brad Epps, entre otros/as. En el primer número, la publicación marca su linaje militante y artístico con un artículo de María Moreno en el que la autora propone a Néstor Perlongher como “tío” del suplemento, pues, “(D)ecir padrino lo hubiera horrorizado.” (21/03/2008).

Lo que llama la atención en este suplemento, es la aplicación un tanto indiscriminada del término a todo tipo de manifestaciones: en un artículo sobre la aplicación de programas que intentan luchar contra la discriminación en la escuela, y la inclusión de identidades trans y travestis, podemos encontrar una frase como esta: “Débora Britzman, una investigadora *queer* en pedagogía...” (FLORES, 06-08-2011). No quedaría muy claro, por cierto, a qué llamaríamos una “investigadora *queer* en pedagogía” o, en todo caso, se da por sobreentendido que la comunidad de lectores del suplemento sabemos qué se juega en esa denominación.

Haciendo un rastreo del empleo del término en este suplemento, me detengo en una nota de Lux, cronista que mapea en clave humorística en cada número, espacios y prácticas propias de la cultura GLTTBI: en este caso, Lux va al célebre boliche Contramano pues lx contrataron “para que mediara entre cierta agrupación de putos peronistas y cierta corriente *queer* de intelectuales de izquierda, que no consiguen ponerse de acuerdo con el modo de nombrar el amor que no osa decir su nombre.” (27-06-2008).

En este punto, me pareció que estábamos en pleno debate originado por la aparición de este nuevo vocablo. No me había equivocado. En números subsiguientes otras dos intervenciones venían a poner el foco en la cuestión de la nomenclatura: por un lado, en una pequeña nota firmada por Claudio Zeiger el autor reivindicaba la palabra “*gay*”, frente a la preferencia por un término “crudo e impactante” como “puto” en ciertos discursos públicos de afirmación de identidad y, por supuesto, traía a colación el nombre de la agrupación de La Matanza, “Putos peronistas”, creada en 2007 y cuya premisa original es, precisamente, “El puto es peronista y el *gay* es gorila”. Zeiger abogaba por el uso de la palabra “*gay*” que, según su parecer, es “universal como los derechos humanos e internacionalista como las banderas del viejo socialismo (..) también es una forma de identificar no sólo personas sino un estilo y una estética, una literatura y una subcultura.” (31-10-2008).

Por su parte, en un número del año siguiente, se anuncia la conformación del Frente Nacional y Popular de la Diversidad Sexual en el que participa la agrupación “Putos peronistas”. En esta nota, se entrevista a uno de los militantes de la primera hora de esta agrupación, Mariano Rapetti, quien señala lo siguiente:

Nosotros usamos las palabras puto, torta, trava, paki por varias razones. A veces pareciera que a medida que uno va metiéndose en cualquier ámbito de la militancia lgbtti va edulcorando su lenguaje y termina utilizando términos antisépticos. Queremos arrebatarle a la palabra “puto” su sentido negativo y volverla bandera. “*Gay*” suena a marica profesional de capital y “*queer*” es un poco académico. (Soy 26-06-2009)

Dos cuestiones interesantes se perfilan en esta declaración: por un lado, se pondría en evidencia eso que Brad Epps señalaba en relación con la extrañeza que podría suscitar el término *queer* cuya sentido histórico como interpelación humillante no resuena en una comunidad militante no anglófona. Por el otro, la autodenominación “Putos Peronistas” produce una combustión de sentidos al hacer colisionar dos palabras cuyos significados no sólo han sido estigmatizantes, sino que también ellas mismas han estado en permanente tensión: en esa combinación está sedimentada parte de la historia política del Frente de Liberación Homosexual y sus desencuentros con la militancia peronista de izquierda durante los 70, según fue contada por el propio Néstor Perlongher (1997). Creo reconocer allí, pues, una intervención cuya fuerza nos permitiría pensar un coeficiente de rebeldía lingüística y social similar al que pudo tener en su momento la resignificación del término “*queer*” en Estados Unidos. De más está decir que el problema de esa denominación es el recorte político partidario que limitaría las posibilidades de su adopción generalizada por parte de la comunidad LGBTTI. Lo interesante, sin embargo, es el modo en que esa denominación hace intervenir no sólo lo genérico-sexual, sino también una variable de clase enfocada a una militancia que busca conquistar, en simultáneo, otros derechos básicos como el trabajo o la vivienda digna.

A partir de este breve panorama, estimo que la masiva apropiación del vocablo *queer* en ámbitos y producciones diversos, no responde a un mero afán de copia por parte de sectores intelectuales y militantes, o una moda reservada a ciertos grupos privilegiados –*gays* y lesbianas blancos salidos de clases medias–; por el contrario, ese término permite mantener un cierto pudor que se vuelve estratégico en nuestro contexto socio-cultural al momento de pensar desarrollos académicos y acciones militantes: un “espacio *queer*” es, de algún modo, una pantalla que contrabandea un coeficiente de abyección cargado de una inquietante ambigüedad en cada enunciación puesto que es un significante vacío para los hispanohablantes, significante para el que estamos elaborando y adecuando un contenido en cada utilización que de él hacemos. A veces no sabemos muy bien de qué hablamos cuando lo utilizamos, pero somos concientes de que no es la mera suma de todos los significados que pueden reposar bajo su sombra. En el núcleo de su enunciación, persiste como desafío reconstruir indefinidamente los fracasos de la representación por cuanto la identidad presupone exclusiones, silencios, márgenes al ignorar la especificidad resultante de la intersección de variables de género con aquellas otras de raza, etnia, clase, cultura, morfología anatómica, etc.

En última instancia lo que se percibe es un proceso activo de adaptación que no implica una mera copia por parte de sociedades periféricas y colonizadas; por el contrario, me parece que la comunidad lingüística que al mismo tiempo se subdivide en las diferentes comunidades que desafían la heterosexualidad compulsiva, adoptó ese término monosílabo y fácil de pronunciar, para sortear esa incómoda sigla que hoy se usa para dar cuenta de la diversidad de identidades que se escapan de lo privado y se imponen a lo público, desafiando el supuesto universalismo de la normalidad heterosexual; sigla repleta de consonantes e inestable por naturaleza, me refiero a lo LGTTBI, o cualquiera sea el orden que le queramos dar, o los agregados que la corrección política nos lleve a proponer.



**BIBLIOGRAFÍA:**

- AMÍCOLA, José (2000), *Camp y posvanguardia. Manifestaciones culturales de un siglo fenecido*, Buenos Aires, Paidós.
- BERKINS, Lohana (2003), “Un itinerario político del travestismo”. *Sexualidades migrantes. Género y transgénero*. Diana Maffía comp. Buenos Aires, Feminaria Editora. 127-137.
- BUTLER, Judith. (1990) *El género en disputa*. México, Paidós, 2001.  
 — (1993) *Cuerpos que importan. Sobre los límites materiales y discursivos del “sexo”*. Buenos Aires, Paidós, 2002.  
 — (1997) “Sujetos de sexo/género/deseo”. Trad. de Adolfo Campoy Cubillo *Feminaria X*. 19. 1-20.
- CIRIZA, Alejandra (2004), “Notas sobre los límites de la importación teórica. A propósito de Judith Butler”. *El Rodaballo. Revista de política y cultura*. X. 15. 57-61.
- DE LAURETIS, Teresa (1993), “Volver a pensar el cine de mujeres: estética y teoría feminista”. Trad. de Beatriz Olivier. *Feminaria VI*. 10. 1-12.  
 — (noviembre 1996) “La tecnología del género”. Trad. De Ana M. Bach y Margarita Roulet. *Mora. Revista del Area Interdisciplinaria de Estudios de la Mujer* 2. 6-34.  
 (26-06-2009) “El puto es peronista, el gorila es gay”. *Página/ 12.Suplemento Soy*. Web. Consulta: 15 de abril de 2011.
- EPPS, Brad (2008), “Retos, riesgos, pautas y promesas de la teoría queer”. *Revista Iberoamericana LXXIV*. 235. 897-920.
- FEMENÍAS, María Luisa (1998). “Butler lee a Beauvoir: fragmentos para una polémica en torno del “sujeto”. Selección, traducción y notas: María Luisa Femenías. *Mora. Revista del Area Interdisciplinaria de Estudios de la Mujer*. 4. 4-44.
- FLORES, Valeria, (6-08-2011) “¿Y dónde estábamos antes de la inclusión?”, *Página 12.Suplemento Soy*. Web. Consulta: 7 de agosto de 2011.
- FOSTER, David (2000) *Producción cultural e identidades homoeróticas: teorías y aplicaciones*. San José, Editorial de la Universidad de Costa Rica.
- HALPERIN, David (2007), *San Foucault. Para una hagiografía gay*. Buenos Aires, El cuenco de plata.
- LUX, (27-06-2008), “Mediando a medianoche”. *Página 12. Suplemento Soy*. Web. Consulta: 20 de julio de 2011.
- MOGROVEJO, Norma (2011), “Lo queer en América Latina ¿lucha identitaria, post-identitaria, asimilacionista o neocolonial?”. *Cartografías queer. Sexualidades y activismo LGBT en América Latina*. D. Balderston y A. Matute Castro (comps.) Pittsburgh, Instituto Internacional de Literatura Iberoamericana.231-249.
- MORENO, María. (21-03-2008) “Una lengua política”. *Página 12. Suplemento Soy*. Web. Consulta: 7 de septiembre de 2011.
- PERLONGHER, Néstor (1997), “Historia del Frente de Liberación Homosexual”. *Prosa plebeya*. Selección y prólogo de Christian Ferrer y Osvaldo Baigorria. Buenos Aires, Colihue. 77-84.
- RAPISARDI, Flavio (2008), “Escritura y lucha política en la cultura argentina: identidades y hegemonía en el movimiento de diversidades sexuales entre 1970 y 2000”. *Revista Iberoamericana LXXIV*. 235. 973-995.
- SUTHERLAND, Juan Pablo (2009) *Nación marica. Prácticas culturales y crítica activista*. Santiago de Chile, Ripio Ediciones.

ZEIGER, Claudio (31-10-2008) “Ser *gay*”. *Página/ 12. Suplemento Soy. Web.*  
Consulta: 15-04-2011.

Pour citer cet article: Maristany, José (2013), “Del pudor en el lenguaje: notas sobres lo *queer* en Argentina”, *Lectures du genre* n° 10, p. 102-111.